

# ¿RÉQUIEM POR LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA?

Morgan Quero

*Pensemos lo que es llegar a ser una república  
y en el proceso construir en ella una democracia.*

Luis Castro Leiva

**Con** la derrota del oficialismo *chavista* en Venezuela en las elecciones parlamentarias del 6 de diciembre del 2015, se cerró una larga etapa política en la historia reciente de nuestra región. La de la hegemonía de un proyecto político identificado con la izquierda. Por si fuera poco, en Argentina, la victoria de Mauricio Macri en la segunda vuelta de las presidenciales de ese país, el 22 de noviembre y el juicio político contra la presidenta Dilma Rouseff en Brasil, acentuó la sensación de un fin de ciclo en la política en América Latina.

No es poca cosa acercarse al período que va de la primera elección de Hugo Chávez en Venezuela en 1998, hasta nuestros días. A lo largo de más de tres lustros la región entró en una dinámica marcada por una nueva fase democrática con singular presencia de los grupos políticos de izquierda. Que ésta tenga un acento más socialdemócrata como en Chile, Uruguay y Brasil; y otra tenga un discurso más populista y nacionalista como en Venezuela, Bolivia y Ecuador, no es lo más relevante. Lo que queremos observar es la cantidad, inédita, simultánea y diversa de alternativas de izquierda que se volvieron gobierno en la región. Hubo un momento, a fines del año 2011, en que todos los países de Sudamérica, salvo Colombia y Chile, tenían un gobernante electo democráticamente que, de una u otra forma, podía reclamarse de alguna corriente izquierdista.

Es conocido por todos que el aumento de los precios de las materias primas desde inicios del siglo XXI; de los llamados *commodities*; del alza del precio del petróleo y de los minerales, por ejemplo; ayudó a sustentar con recursos un discurso político que planteaba el regreso del Estado en la economía y la ampliación de las políticas sociales, como una forma de contrarrestar los efectos más perversos del consenso neoliberal de Washington que había dominado la región desde 1990. También sabemos que la cultura y la tradición del populismo latinoamericano alimentó discursos e imágenes que sustentaron a caudillos armados con la espada y la cruz como símbolos de una promesa de cambio que, en muchos casos, no tenía la coherencia ideológica y programática que algunos esperaban. En ese sentido, la acción política revolucionaria no logró nunca estar claramente enmarcada en una teoría revolucionaria,

como lo reclamaba el clásico leninista. A pesar de ello, la izquierda logró muchas cosas.

En primer lugar, demostró una inédita capacidad de organización político- electoral. Las victorias en las urnas demostraron, por primera vez, que la izquierda era competitiva en democracia y que la vía armada había quedado atrás. En segundo lugar, la izquierda logró, desde el discurso, vincularse a las demandas de amplios sectores populares. Respondió a las necesidades de un electorado joven y con grandes carencias económicas, ofreciendo esperanza de cambios sociales. La izquierda contribuyó también en el proceso de lucha contra la pobreza devolviéndole al Estado un rol rector en la economía, la salud, la educación y en la tenencia de la tierra. El discurso también incluyó una fuerte dosis de imágenes políticas basadas en liderazgos nuevos. El rostro mestizo e indígena de nuestra América nunca había tenido una presencia tan democratizante como ahora.

En el escenario internacional, la izquierda se enfrentó, desde la retórica mediática y las alianzas puntuales en Asia y Medio Oriente, a lo que tradicionalmente se llamó el “imperialismo” norteamericano. Lo hizo con éxito al principio, aunque luego la complejidad del escenario internacional le costó enredos y enroques difíciles de justificar. Pero le dio a la región un lugar en el mundo que hacía mucho que no tenía. En cuanto a los procesos de integración, el latinoamericanismo vivió un auge con las iniciativas del ALBA, de UNASUR y de la CELAC, que luego fueron respondidas con la creación de la Alianza del Pacífico.

Sin embargo, la izquierda tiene aún muchos pendientes. En esta hora en que el movimiento pendular hacia la derecha en el continente se produce, sería bueno poder hacer un balance de lo que se requiere y abrir nuevas discusiones para fortalecerla de cara al futuro.

La lucha contra la inseguridad ciudadana es un tema doloroso que no puede ser abordado desde la lógica represiva solamente. En sus experiencias de gobierno, la izquierda no ha demostrado claridad a la hora de responder al desafío y tampoco ha encontrado soluciones adaptadas a un modelo de sociedad abierta. Salvo el caso de Cuba, pero por otras razones, ni en Brasil, ni en Venezuela, ni en Argentina se han desarrollado estrategias originales que planteen la reforma de los sistemas de justicia, el

## La apuesta por el futuro de la izquierda dependerá en gran medida de lo que empiece a hacer en esta nueva travesía del desierto

ministerio público o la fiscalía y, sobre todo, la(s) policía(s). Siendo en algunos casos un problema grave para el conjunto de la sociedad, asociado a altos índices de muertes violentas, como en Venezuela y Centroamérica, la izquierda tiene que reflexionar sobre respuestas distintas a las de simplemente señalar o denunciar las causas estructurales que reproducen la injusticia y la pobreza.

Uno de los temas pendientes es el de la corrupción. La izquierda debe construir un esquema de administración pública diferente, en donde la ocupación del aparato de estado le permita construir modelos de gestión transparentes y eficientes en todos los niveles de gobierno. El costo en el caso brasileño es muy alto como para dejarlo de lado, pero también afectó la gestión de los Kirchner en Argentina o de Bachelet en Chile y, sin duda, explica, en parte, el despilfarro de los recursos petroleros en Venezuela.

Otro tema vinculado a éste es el de la relación con la lógica del mercado. Las economías libres tienen una mayor dinámica que las que están bajo el férreo control estatal. La nacionalización de sectores estratégicos, con la creación de empresas públicas eficientes y competitivas, no tiene por qué estar reñida con la libre flotación de la moneda y la libre competencia. Es posible pensar en una mejor relación entre lo público y lo privado para generar mayor certidumbre económica en el largo plazo. Junto con ello, es posible pensar en nuevas relaciones con los sectores empresariales de todo cuño. No se trata de reproducir el esquema del pasado de la *patria contratista* o de los *mercantilistas* de siempre. Es urgente pensar alternativas de nuevas estrategias económicas y de desarrollo que ofrezcan alianzas con sectores productivos. Un discurso adaptado a las demandas de sustentabilidad del mundo actual, pero adaptado también a los nuevos empresarios, pequeños y medianos, mismos que son la base del tejido económico en la región.

Asimismo, es indispensable buscar nuevas soluciones que fortalezcan a las sociedades frente a los procesos de la globalización basados en la apertura y no en la cerrazón. Para ello, sería útil distinguir entre la crítica al neoliberalismo y el debate sobre los problemas inherentes a la globalización.

Un reto asociado a la libertad y la tolerancia, tiene que ver con la forma en que la izquierda se relaciona con los medios de comunicación, con los poderes fácticos que orientan la opinión de las sociedades. La izquierda tiene una agenda pendiente en ese ámbito y necesita fortalecer



iniciativas que le permitan construir contrapesos a los discursos hegemónicos, sin mostrarse autoritaria o censora ante los grandes grupos de comunicación.

Por último, pero no menos importante, la izquierda debe fortalecer su capacidad de reconocer que el pluralismo es la esencia misma del debate político y de la convivencia social y política. Asumir como propio el reto de la alternancia en el gobierno, del fortalecimiento del sistema político en su conjunto y de formas políticas más cercanas al parlamentarismo que al presidencialismo.

La izquierda en América Latina se ha visto fortalecida a lo largo de estos tres lustros del siglo XXI. Ha demostrado ser capaz de gobernar e incluso de ayudar a cerrar las brechas de desigualdad en las heterogéneas y abigarradas sociedades de nuestra América. Es por eso que en esta etapa es tan necesaria la autocrítica y la libre discusión dentro de la misma izquierda, pero también debe demostrar ser capaz de relacionarse con otros sectores fuera de ella. De algún modo, es fundamental ciudadanizar a la izquierda y alejarla de su militanismo más demagógico, formar a nuevos cuadros, buscar nuevas imágenes de representación, no perder el vínculo con los sectores populares y asumir una agenda de reformas clara y pertinente. La apuesta por el futuro de la izquierda dependerá en gran medida de lo que empiece a hacer en esta nueva travesía del desierto. Desde un nosotros incluyente; lejos de una guerra de guerrillas partisana. Esto le permitirá, no sólo seguir construyendo los urgentes procesos de democratización que América Latina requiere, sino también fortalecer al sistema democrático en su conjunto. **■**

**Morgan Quero** (Lima, 1969), es mexicano por naturalización. Obtuvo su licenciatura en el Instituto de Estudios Políticos de Grenoble y su Maestría en Ciencias Políticas en París I, Panthéon-Sorbonne, en Francia. Es Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM y realizó una estancia de investigación posdoctoral en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) de la UNAM y profesor del posgrado de Estudios Latinoamericanos. Entre el 2004 y el 2012, se desempeñó en diversos cargos como funcionario académico en la UNAM. Entre sus publicaciones, cabe citar *Los rituales del cambio. Transformaciones del régimen y cultura política en Morelos* publicado por el CRIM; *De la ley de la calle a la ley de las élites: la sociedad civil en la encrucijada de la gubernamentalidad en América Latina* publicado en la revista de El Colegio Mexiquense; y *El arte de la asociación. Sociedad civil y gobernabilidad en Morelos*, en "Sociedad civil, democratización y esfera pública en América Latina: México", publicado por el Fondo de Cultura Económica en el 2003.